

Rodolfo Llopis un Educador Social.

Reflexiones

Por: Sirvent Gárriga, Adelina María

Maestra de Educación Infantil

e-mail: adelinasirvent@gmail.com

Resumen

En Rodolfo Llopis es difícil separar al hombre político, del docente, del sindical, del social o del masón porque en su personalidad no hay desdoblamiento ni separación. Su comportamiento responde a un ideal que sobrepasa crecidamente al político, al sindicalista o al docente para situarse en la idea de lograr un mundo mejor a través de la regeneración social que se puede conseguir con la democracia y la educación. Y en esta línea gira su pensamiento y actuación. Todo lo demás son instrumentos propios de la época en que vive que utiliza para hacer realidad un proyecto de vida maravilloso.

Palabras clave:

Legislación, Primaria, Educación, Socialismo, Escuela Nueva, Escuela Única.

Abstract

In Rodolfo Llopis is difficult to separate the political man, the teacher, the syndicalist, the social man or the mason man because his personality hasn't splitting or separation. His behavior responds to an ideal that exceeds even the politician, the trade union member or the teacher to be placed on the idea of reach a better world through social regeneration that can be achieved with democracy and education. And in this way his thought and action turns. Everything else are proper instruments of the time that he used to live in order to realize wonderful life project.

Keywords: Legislation, Primary, Education, Socialism, New School, One School.

Ideario de Rodolfo Llopis

Fue un hombre polifacético: profesor, escritor, periodista, conferenciante, viajero, político, sindicalista, pacifista, defensor del medio ambiente. Utópico y comprometido con el momento en que vivía, se nos revela como un gran lector, conocedor de las teorías de los grandes pedagogos, psicólogos, geógrafos, y sociólogos del momento. El gran deseo de cambio social, su responsabilidad como docente, su espíritu inquieto e innovador, le llevaron a conocer experiencias educativas, políticas y sociales más allá de nuestras fronteras, dotándole de una amplia formación que le serviría para luchar, todavía con más fuerza, por un cambio social en España.

Rodolfo Llopis defendió la escuela única, laica y de los principios pedagógicos de la Escuela Nueva y de la Institución Libre de Enseñanza. De su proyecto educativo destacaremos los puntos clave de su modelo de escuela comprometida con la formación del pueblo y la renovación social, la paz, la conservación de la naturaleza y la consideración de la mujer en plena igualdad con el hombre y el establecimiento de las mínimas garantías para que los derechos del alumnado y profesorado fueran respetados, principios pedagógicos que ahora se ven necesarios para mejorar la actual situación educativa.

Una escuela para todos

Rodolfo Llopis traduce y prologa el libro de Hipólito Ducos, *¿Qué es la escuela única?*, nos comenta que en España aunque no pudiera compararse con otros países, también se creó un ambiente favorable a la escuela única. “Así, se habla entre nosotros por vez primera de la escuela única allá por el 1914 –antes que en Francia, desde luego-, cuando en las revistas profesionales españolas divulgan los acuerdos de la Asamblea que los maestros alemanes celebraron en Kiel, en julio de 1914” (Llopis, 1935, 11).

El objetivo fundamental de la escuela única no era otro que ofrecer a todos los españoles las mismas posibilidades educativas. Así como facilitar el acceso a los estudios superiores a todos los alumnos que demostrasen capacidad suficiente, independientemente de su condición social. En cuanto a la vertiente política social, la escuela única representaba la

superación de toda pedagogía de clases, por lo que la idea fue bien acogida por el PSOE. En su Congreso de 1918 aprobó la ponencia que en ese sentido presentó la Escuela Nueva. Igualmente hizo la UGT, en el Congreso que celebró ese mismo año, con la presentada por la Asociación General de Maestros de la que Rodolfo Llopis fue un importante afiliado.

Con la Segunda República en España, siendo Rodolfo Llopis director general de Primera Enseñanza, comienza el proceso de implantación de la escuela única. En el preámbulo del decreto de 9 de junio de 1931, sobre la creación de los Consejos de Protección Escolar, podemos leer: “El propósito y el deseo de la República son avanzar con pasos de gigante a la creación de la Escuela Única, con el fin de que el talento encuentre libres todos los medios de desenvolverse, manifestarse e imponerse” (Domingo, 1932,33; Llopis, 1933, 132)

En los primeros días de la proclamación de la República, Rodolfo Llopis también se mostró a favor de la implantación de la escuela única. Lo hizo en un artículo publicado el 16 de abril en *Crisol*:

“Hay que extender los beneficios de la enseñanza a todos los españoles hasta conseguir que no quede un solo analfabeto en nuestro país, ni deje de cultivarse una sola inteligencia. [...] Y la República traicionaría a su propia esencia si no ofreciese a todos los españoles las posibilidades necesarias para que su inteligencia y su vocación encuentren el cauce que merecen.” (Llopis, 1933, 22).

Se lamentaba de la falta de escuelas. En su opinión, el Estado tenía que enfrentarse, “con decisión y valentía”, a todos los problemas de la educación. “Para nosotros es mucho más grave el que nos hayan entregado una España sin escuelas y un país donde más de la mitad de sus habitantes no saben leer ni escribir”. Ante esa situación, el Gobierno, desde el primer momento, se vio obligado a elaborar un programa de construcciones escolares, para permitir ofertar un puesto en la escuela pública a cada niño en edad escolar; era el primer paso hacia la implantación de la escuela única en España. (Llopis, 1933, 32).

El 27 de septiembre de 1931 comenzaron los debates de la Constitución en su totalidad. Con el artículo 48 de la Constitución, comenzaron las Constituyentes a tratar los problemas de enseñanza. El artículo 31 del anteproyecto de la Comisión Jurídica decía:

El servicio de la cultura nacional es atribución esencial del Estado. La enseñanza primaria es gratuita y obligatoria. El escolar tiene derecho a la enseñanza religiosa; pero el maestro no puede ser obligado a prestarla contra su conciencia. La República legislará en el sentido de facilitar el acceso de todas las clases a las enseñanzas superiores, a fin de que no se halle condicionado más que por la aptitud y vocación. La libertad de la cátedra queda reconocida y garantizada en la Constitución.

Este artículo fue modificado por la Comisión Parlamentaria, y quedó así.

Artículo 48. El servicio de la cultura nacional es atribución esencial del Estado. La enseñanza primaria se dará en la escuela única, que será gratuita, obligatoria y laica. Los maestros nacionales tendrán el carácter de funcionarios públicos. La República legislará en el sentido de facilitar a todos los españoles económicamente necesitados el acceso las enseñanzas superiores, a fin de que no se halle condicionado más que por las aptitudes y la vocación. La libertad de la cátedra queda garantizada y reconocida en la Constitución. Se reconoce a las Iglesias el derecho, sujeto a inspección del Estado, a enseñar sus respectivas doctrinas en sus propios establecimientos.

Cotejando ambos artículos observamos que se hicieron grandes modificaciones. La retirada de la Cámara de la minoría agraria y la vasconavarra, por aprobarse el artículo 26 facilitó la nueva redacción. Los demás grupos parlamentarios estaban de acuerdo en lo esencial y sólo se trató de precisar los términos para que tuviese una redacción más completa. (Llopis, 1933,211).

El proyecto parlamentario hablaba de escuela única; también de laicismo, pero respetando el derecho a estudiar religión fuera de las escuelas. Por último, se reconocía a los maestros el carácter de funcionarios públicos. Así se presentó el artículo 46 que, por haberse aprobado otros artículos que no estaban en el proyecto, pasó a ser el 48. (Llopis, 1935,15-16)

La minoría socialista consideró que el artículo podía tener una nueva redacción e incrustar el ideario pedagógico de la República. Rodolfo Llopis y otros compañeros como

Andrés Ovejero y Amós Sabrás, redactaron las enmiendas y se distribuyeron su defensa. Rodolfo Llopió comenzó el discurso diciendo que no intentaban, con la defensa de esas enmiendas, reflejar totalmente el ideario del partido socialista. “Queremos consignar aquellas garantías educativas que merece el ciudadano español y al mismo tiempo dejar en la Constitución gérmenes del ideario que nosotros sustentamos”. Donde decía: “El servicio de la cultura nacional es atribución del Estado”, figuraba el aspecto social y faltaba el aspecto técnico de la escuela única que se pretendía implantar, por eso Rodolfo Llopió proponía añadir: “que la realizará mediante una serie de instituciones educativas enlazadas por el sistema de la escuela unificada”. Explicó que además de quedar enlazadas las instituciones, era necesario expresar la forma en que se pasaría de un grado a otro y de una institución a otra. (Llopió, Diario de Sesiones de las Cortes Constituyentes, 20 de octubre de 1931).

El dictamen decía que: “La República legislará en el sentido de facilitar a todos los españoles económicamente necesitados el acceso a las enseñanzas superiores, a fin de que no se hallen condicionados más que por su aptitud y por la vocación”, y la enmienda socialista proponía: “La República legislará en el sentido de facilitar a todos españoles económicamente necesitados el acceso a todos los grados de la enseñanza, a fin de que no se halle condicionado más que por la aptitud y la vocación”.

Para Rodolfo Llopió, la República tenía que plasmar en la legislación no solamente las ayudas económicas a los que desearan acceder a la enseñanza superior y enseñanza media, sino también a los alumnos de la enseñanza primaria. Su finalidad era evitar que abandonaran la escuela para trabajar, “aquel subsidio familiar que hace falta para que estos niños no sean arrancados prematuramente de la escuela, entregándolos a la explotación que suponen los diversos aprendizajes de oficios”. Los socialistas decían en esta enmienda lo mismo que la Comisión, pero añadían “todos los grados” de enseñanza. Rodolfo Llopió defendió la selección del alumno por su capacidad y vocación para acceder al Instituto y a la Universidad. Habló de que el Estado gastaba dinero con todos los estudiantes, y si el alumno estuviese seleccionado “no tendríamos nosotros que arrepentirnos de lo que se gasta con los malos estudiantes...” No estaba de acuerdo con el sistema de becas ni con la gratuidad absoluta de la enseñanza, porque no resolvían el aspecto social de la escuela única: Era necesario contemplar los “subsidios familiares”, que representaban la cantidad económica que el alumno podía ganar si estuviera trabajando.

Al párrafo de la Constitución “La enseñanza será laica”, los socialistas querían añadir “hará del trabajo el eje de su actividad metodológica y se inspirará en ideales de solidaridad humana”. Según Rodolfo Llopis tenían que sustituirse algún día los ideales de la Iglesia por los ideales del Estado. Por eso, cuando hablaban de socializar la enseñanza pensaban en una fórmula tripartita integrada por el Estado, los representantes de los docentes y los representantes de los alumnos.

Las enmiendas fueron aprobadas y para la aplicación del artículo 48, Rodolfo Llopis redactó la circular de 12 de enero de 1932. En ella, además de implantar el laicismo en la enseñanza oficial, integraba tres aspectos esenciales de la ideología de los nuevos gobernantes. Primero, sirvió para introducir la enseñanza de la Constitución de 1931 en la escuela primaria, con la intención de formar ciudadanos demócratas “esto no puede considerarse fruto de la casualidad, sino un esfuerzo muy consciente por construir un concepto de “nación cívica” desde la escuela”. Por otra parte, el texto explicaba que “la Escuela es de todos y aspira ser para todos”. Se identificaba el laicismo con un concepto de escuela pública en el que convivían todas las clases sociales y “concepciones religiosas”, un concepto similar al de “escuela única”. Por último, se pretendía eliminar el carácter político que tenía la introducción del laicismo dándole un significado pedagógico. Se presentó como una aplicación de los principios de la Escuela Nueva y de las corrientes psicológicas contemporáneas que proclamaban una nueva forma de educar (Montero: 2009, 298-300) y que como decía Rodolfo Llopis “La Escuela no puede coaccionar las conciencias. Al contrario, ha de respetarlas. Ha de liberarlas. Ha de ser neutral...” (Llopis, 1933, p. 221) (Circular de la DGPE, 12-1-32)

Después de su paso por la Dirección General de Primera Enseñanza, Rodolfo Llopis explicaba que en las condiciones en que se encontraba España no se podían plantear objetivos más ambiciosos que condujeran a la implantación de la escuela única. En primer lugar, había que crear veintisiete mil escuelas y después, se podría iniciar la reforma de la escuela que se demandaba. (Llopis, 1933, 33-34).

¿Ello es posible en el régimen social en que vivimos? ¿Podrá implantarse una reforma tan profunda sin que previamente se haya transformado la sociedad?

Indudablemente, no. La escuela única integral, totalitaria, supone una serie de postulados previos que no pueden darse en la sociedad capitalista. Los esfuerzos que generosamente se han hecho y se están haciendo en el mundo para conciliar la reforma de la enseñanza y la conservación social, están condenados al fracaso. La experiencia ha dicho ya cuanto tenía que decir en este sentido. A los que siguen con interés estos problemas y se apasionan en busca de soluciones les toca decidirse y elegir. (Llopis, 1935, 21-22).

El laicismo en la escuela

Uno de los primeros objetivos de los dirigentes republicanos era el desarrollo de un proceso de secularización política y social que permitiera superar la tradicional identidad entre Estado-Iglesia. Por ello, antes de aprobar la Constitución se dieron los primeros pasos para la implantación de la escuela laica, el 6 de mayo de 1931, se publicó un decreto que establecía la libertad de conciencia en la enseñanza. El decreto comenzaba diciendo que uno de los postulados de la República, y por lo tanto del Gobierno provisional, era la libertad religiosa y este derecho situaba España en el “plano moral y civil” de las democracias europeas y americanas. “Libertad religiosa es, en la Escuela, respeto a la conciencia del niño y del maestro” (Decreto sobre libertad religiosa en la escuela pública. *Gaceta* 6-5-1931; Llopis, 1933, 233-234., y en Domingo, 1932, 60-61.).

El decreto levantó fuertes críticas. Entonces Rodolfo Llopis publicó una circular el 13 de mayo de 1931 que envió a los inspectores de Primera Enseñanza donde se analizaba el decreto y se daban normas para que los maestros las cumplieran. Tanto el decreto como la circular proclamaban la libertad de conciencia del niño y del maestro y establecía las mínimas garantías para que estos derechos fueran respetados. Los inspectores de Primera Enseñanza eran los encargados de hacer llegar a todos los maestros las normas dadas en la Circular. Además, de “que no puedan herir el sentimiento religioso de nadie y que los maestros, llegado el caso, sean defendidos en esta manifestación de libertad”. Rodolfo Llopis se quejaba de que muchos docentes, “imprudentemente”, enviaron a los padres de los alumnos unos impresos para que reclamaran instrucción religiosa. Impreso que utilizaron varias provincias en una campaña perfectamente organizada para “torpedear” la disposición oficial. (Llopis, 1933, 236)

En la circular leemos que la escuela no podía ser dogmática ni sectaria, que debía respetar la conciencia del niño y que quedaba prohibida toda propaganda de índole política, social, filosófica y religiosa. Rodolfo Llopis deseaba que la escuela fuera neutral donde el niño creciera y se desarrollara sin que viese coaccionada su conciencia. Se reiteraba, como en la circular del 13 de mayo de 1931, en la necesidad de conseguir en los alumnos “un elevado ideal de conducta” (Llopis, Circular de la Dirección General de Primera Enseñanza sobre la aplicación del artículo 48 de la Constitución. 12 de enero de 1932).

Para Rodolfo Llopis la supresión de la enseñanza religiosa no debía conducir al abandono de la dirección moral de los alumnos; al contrario, el maestro tenía que aprovechar “ahora más que nunca” cuantas oportunidades le ofrecía la vida escolar para educar en valores. Pero los defensores de la enseñanza religiosa pretendían combatir el laicismo en las aulas, e intentaban convencer de que al suprimirla desaparecería la moral de la escuela. Rodolfo Llopis se pregunta: ¿Cómo es posible que todavía a estas alturas se atrevan a identificar la moral con la religión? ¿Cómo es posible que, recordando lo que era la enseñanza religiosa en las escuelas, se afirme que aquello tenía que ver con moral alguna? (Circular de la Dirección General de Enseñanza Primaria aclaratoria del decreto sobre libertad religiosa. *Gaceta*, 22-5-31. En Llopis, 1933, 234-236).

Rodolfo Llopis afirmaba que la escuela laica no abandonaba la formación moral del alumno y así lo explicaba: “... la moral laica se nutre de las experiencias humanas, expresadas en instituciones y costumbres que la educaciones encargará de conservar, enriquecer y perfeccionar. La moral laica se mueve y evolucionaba dentro de lo humano; no quiere justificar sus valores con referencia a ningún absoluto, sea el que fuere, ni asigna a su actividad fin trascendente alguno, ni acomoda o somete su acción a ninguna obligación o sanción misteriosa. Este humanismo integral de la moral laica ofrece perspectivas tan dilatadas para el porvenir, que desborda los límites nacionales y, bajo el signo de la Verdad y de la Justicia, se eleva a conciencia común de la Humanidad.”. (Llopis, 1933, 240-241).

La circular de 12 de enero de 1932 además de implantar el laicismo en la enseñanza oficial, integraba tres aspectos esenciales de la ideología de los nuevos gobernantes. Primero, sirvió para introducir la enseñanza de la Constitución de 1931 en la escuela primaria, con la intención de formar ciudadanos demócratas “esto no puede considerarse fruto de la

casualidad, sino un esfuerzo muy consciente por construir un concepto de “nación cívica” desde la escuela”. Por otra parte, el texto explicaba que “la Escuela es de todos y aspira ser para todos”. Se identificaba el laicismo con un concepto de escuela pública en el que convivían todas las clases sociales y “concepciones religiosas”, un concepto similar al de “escuela única”. Por último, se pretendía eliminar el carácter político que tenía la introducción del laicismo dándole un significado pedagógico. Se presentó como una aplicación de los principios de la Escuela Nueva y de las corrientes psicológicas contemporáneas que proclamaban una nueva forma de educar y que como decía Rodolfo Llopis “La Escuela no puede coaccionar las conciencias. Al contrario, ha de respetarlas. Ha de liberarlas. Ha de ser neutral...”. (Del Pozo y Hontañón en de la Cueva y Montero (eds.), 2009, 298-300).

Nuevos principios pedagógicos

El Gobierno de la República tenía como prioridad resolver el problema de la educación en España y no esperó a que las Cortes aprobaran un presupuesto o una ley para ordenar la enseñanza. Desde los primeros momentos, se dictaron decretos para avanzar hacia los objetivos marcados: la reforma de las Escuelas Normales, la creación de nuevas plazas para maestros y la construcción de un gran número de escuelas. En el preámbulo del decreto de 29 de septiembre de 1931, por el que se reforman las Escuelas Normales, podemos leer: “Urgía crear escuelas, pero urgía más crear maestros; urgía dotar a la escuela de medios para que cumpliera la función social que le está encomendada, pero urgía más capacitar al maestro para convertirlo en sacerdote de esta función”.

Para Rodolfo Llopis la escuela no se transforma solamente multiplicando sus instituciones auxiliares o modificando su organización. Es su propio espíritu, su orientación, la vida toda de la escuela, lo que cambia y se transforma radicalmente. A la escuela libresca, falsamente intelectualista, le sucederá la escuela activa, la escuela de Jhon Dewey, Ovide Decroly, Adolphe Ferrière, George Kerchensteiner, y tantos otros (Llopis, 1934,22).

En el viaje que Rodolfo Llopis realizó por Francia, Bélgica y Suiza, durante el curso 1925-1926, para estudiar la metodología de la geografía en las Escuelas Normales, tuvo la oportunidad de conocer personalmente a Ovide Decroly y su obra pedagógica. Esto le llevó a escribir un libro sobre su metodología, *La Pedagogía de Decroly*. El libro tiene tres partes: la primera, corresponde al amplio prólogo que el mismo Ovide Decroly le regaló; la segunda, es

un trabajo periodístico que Rodolfo Llopis había publicado anteriormente en *El Sol*, los días 9, 10, y 11 de abril de 1926. Como él mismo dijo, lo hizo “para presentar al gran público español la noble figura del doctor Decroly y su profunda y renovada labor pedagógica”. En la tercera parte, presenta la Geografía en el método de Decroly, que él había visto desarrollar en las escuelas que éste tenía en Bruselas. El libro recoge notas personales sobre sus conversaciones con Ovide Decroly y con sus colaboradores, completadas con sus impresiones sobre esta metodología aplicada en diferentes centros de la ciudad Bruselas. (Llopis, 1927, 19-22).

El artículo 48 de la Constitución recoge que: “La escuela hará del trabajo el eje de su actividad metodológica”. Este principio pedagógico defendido por los representantes de la Escuela Nueva, va a cambiar el concepto de escuela en España y este reconocimiento constitucional dará la posibilidad a los docentes de abandonar las viejas tradiciones y aplicar en la escuela los principios pedagógicos de la escuela pública europea. En la circular de 12 de enero de 1932, también están plasmados los grandes principios de la Escuela Nueva. La nueva función que la República encomienda al maestro es la de guía, orientador, mediador e impulsor de las situaciones de aprendizaje. El docente tendrá que ser el encargado de transmitir e inculcar a los alumnos unos valores y unas normas de convivencia, que les permitan vivir plenamente en la nueva sociedad, como ciudadano de pleno derecho. “El maestro no olvidará nunca que tiene ante sí en cada niño a un ser a quien ha de instruir, tiene sobre todo ante sí a un ser a quien ha de educar”.

“La escuela ha [...] de ser la verdadera casa del niño. El niño ha de encontrar en ella aquel ambiente necesario para poder vivir plenamente su vida de niño”. *Los aspectos afectivos y de relación adquieren un relieve especial*. Es necesario crear un ambiente cálido, acogedor y seguro, en el que el niño se sienta querido y confiado para poder afrontar los retos que le plantea el conocimiento progresivo de su medio. La relación personal con el maestro debe ser de calidez, que le transmita la confianza y seguridad que necesita para su desarrollo. El maestro “ha de llegar hasta el fondo íntimo de la personalidad infantil, favoreciendo, ayudando, y contribuyendo a que esa personalidad alcance libremente su plenitud”. “Porque el niño no es más que un niño y necesita su infancia para vivir: La escuela no puede entorpecer por ningún motivo su natural desenvolvimiento” (Llopis, Circular de la DGPE 12-1-32)

Se debe aplicar la *metodología globalizada de Decroly*. Esto implica articular los contenidos en torno a los ámbitos de experiencia de los alumnos (los animales, las plantas, el mercado, el carnaval...) y plantear las actividades desde una perspectiva globalizadora, en la que se proceda desde lo global a lo analítico. “La escuela libresca de ayer ha de ser superada por la escuela activa de hoy. Los horarios viejos y los programas rutinarios han de ser superados por los centros vivos de interés y por la libre curiosidad del niño” (Llopis, Circular de la DGPE 12-1-32)

Respecto al *principio de actividad*, Rodolfo Llopis nos dice en su Circular que: La escuela ha de hacer del trabajo el eje de su actividad metodológica. “Ha de hacer del niño un alegre trabajador”. La escuela debe seleccionar procedimientos y actividades que promuevan la actividad del niño tanto *física como mental*. Esta actividad tendrá un carácter constructivo en la medida que, a través del juego, la acción y la experimentación, le permita descubrir las propiedades de los objetos y vaya construyendo sus conocimientos.

Se atenderá tanto el plano individual como el social. Como los alumnos son diferentes entre sí, la educación no puede ser “uniforme”, sino que habrá de adaptarse a las posibilidades, necesidades e intereses de los alumnos. La dimensión social es una cualidad específicamente humana y, por ello, se debe enseñar a aprender “con” los otros y a poner sus conocimientos al servicio de los demás. Esto implica la necesidad de integrar la acción educadora dentro de un contexto socio-cultural, en sentido amplio, y socio-escolar en sentido más concreto y promover situaciones de aprendizaje. En ellas, de forma gradual, la acción individual debe ir integrándose en grupos de distinto tamaño y proyección. “Y ha de hacerlo en fecunda colaboración con sus compañeros. Y así acabará teniendo conciencia de que el trabajo individual es tanto más útil cuanto mejor sirve los intereses de la comunidad” (Llopis, Circular de la DGPE 12-1-32)

La influencia de la ILE en LA NUEVA ESCUELA

La política educativa del Ministerio de Instrucción Pública asumió la mayoría de los principios educativos de la ILE y a ello hizo referencia Rodolfo Llopis cuando escribió que la República no olvidó la deuda que tenía con Francisco Giner de los Ríos, ésta sabía que si ella había sido posible, era gracias a la madurez política y a la conciencia cívica del pueblo español. Pero a ello llegaron los españoles gracias a dos influencias, una intelectual y otra obrera. La

primera se debía directamente a Francisco Giner de los Ríos; la segunda, directamente a Pablo Iglesias. Aquél supo despertar y crear un ideal para la vida; éste, además, supo despertar la necesidad de ofrecer la vida en servicio del ideal.

Al instalarse en el despacho de la Dirección General de Primera Enseñanza explicaba el pequeño homenaje que rindió a los hombres mencionados: “Coloqué en el sitio de honor un retrato de Pablo Iglesias. A su lado, el de don Francisco Giner de los Ríos y el de don Manuel Bartolomé Cossío”. Rodolfo Llopis se complacía en explicar el significado de aquel homenaje “a los tres grandes educadores que tanto habían contribuido a forjar la conciencia revolucionaria del país” (Llopis, 1933, 21)

Sin duda la República se encontró con muchos docentes formados en los principios pedagógicos de la Institución, pero también con otros que conocedores de sus preceptos los asumieron y pusieron en práctica en sus aulas. Efectivamente la Institución había ejercido una gran influencia en la educación española y ésta continuó intensificándose durante los primeros años República.

El mismo día que se instalaron en el Ministerio, *Crisol* publicaba un artículo de Rodolfo Llopis en el que afirmaba que la escuela sería el instrumento más eficaz para la transformación social. “La escuela tiene que convertir a los súbditos de la Monarquía borbónica en ciudadanos de la República española”. Para él la escuela tenía que ser profundamente revolucionaria y “todo revolucionario digno de ese nombre tiene que ser educador”. El nuevo régimen debía de “atacar con decisión y valentía” todos los problemas de la educación; era necesaria una reforma total que comprendiera desde los Jardines de Infancia hasta la Universidad, para poder extender los beneficios de la educación a todos los españoles. Añadía que la República traicionaría su propia esencia, si no permitía que todos los españoles disfrutasen de las condiciones necesarias para que su inteligencia y su vocación encontrasen el cauce que merecían. Debía disponer de una escuela de calidad, con maestros nuevos, pero tenía, además, que utilizar a los maestros en servicio. Ese era uno de los problemas más delicados del nuevo régimen. También debían centrar sus esfuerzos en la escuela rural, “sembrar escuelas en todos los pueblos y aldeas españolas. Y cada escuela tiene que ser la verdadera célula rural de la República” (*Crisol*, 16 de abril de 1931; Llopis, 1933, pp. 21-22)

Los hombres del Ministerio de Instrucción Pública querían poner en marcha inmediatamente las reformas, pero sobre todo, les movía una gran ilusión y esperanza en el cambio social. Esto motivó en los primeros meses un gran uso del poder legislativo. Por un lado, se pretendía que el curso escolar que comenzaba seis meses más tarde, estuviera organizado conforme a los nuevos ideales, y por otro lado, la perspectiva de una futura Constitución daba un carácter provisional a todo lo realizado. Podemos comprobar analizando la legislación de los primeros meses, como se resolvieron los problemas más urgentes a través de la vía del decreto. La República se proponía garantizar la igualdad de los españoles ante la educación. Para ello, debía actuar con firmeza y combatir con éxito la dura oposición de los sectores más reaccionarios. Para comprender el esfuerzo realizado, -comenta Rodolfo Llopis- que convenía recordar que no se habían encontrado con un solar en disposición de edificar, sino con una casa en ruinas, la cual debían acabar de hundir. Había que destruir. Pero al mismo tiempo, había que construir para el futuro. Y entre tanto, no interrumpir la vida de las instituciones ni paralizar ningún servicio. Por esa razón, se les dijo que habían llegado al Ministerio con un libro en una mano y una piqueta en la otra. “El libro contenía el programa de lo que había que hacer y la piqueta, el programa de lo que había que destruir”. (Llopis, 1933, p. 13.)

Conclusiones

Rodolfo Llopis pensaba que la raíz de todos los males que padecía nuestro país estaba en la ignorancia, por lo que su primer objetivo fue la defensa de las clases trabajadoras más necesitadas, reclamando una educación que sirviera a sus intereses. En coherencia con este principio, se revela como un hombre incansable por conseguir que la enseñanza primaria se extendiera a todos y cada uno de los habitantes de nuestro país, incluida la escuela rural por la que mostró siempre un especial interés por ser la más limitada y olvidada. Decía que España necesitaba una revolución y que esa revolución sólo podía hacerse desde la escuela. La posibilidad de hacer realidad el cambio social que soñaba se le brindó cuando fue nombrado director general de Primera Enseñanza coincidiendo con el período claramente reformista de la Segunda República. Aunque fue un tiempo breve e insuficiente para hacer realidad su lucha, a esta noble empresa dedicará todos sus esfuerzos porque estaba convencido de que era posible una sociedad más equitativa si se conseguía la democracia y se mejoraba la educación del pueblo.

Lo más destacable de la política educativa de Rodolfo Llopis fue, sin duda, su decidido planteamiento del déficit de escuelas, que hizo nada más tomar posesión de su cargo como director general de Primera Enseñanza, y su interés por crear escuelas, mejorar la situación económica de los maestros y acabar con el analfabetismo; ofreciendo al pueblo el instrumento cultural que posibilitase su emancipación. Su contribución no se limitó al plan de construcciones escolares, sino que fue decisiva en el aumento y la mejor distribución de inspectores de de primera enseñanza y la ampliación de las plantillas del magisterio Además de avanzar en la implantación de la escuela única, el laicismo y algunos servicios sociales que desde la escuela se prestaban a los más desfavorecidos como eran las cantinas, las colonias o los roperos, la labor cultural desarrollada por el **Patronato de Misiones Pedagógicas**, las nuevas metodologías y la mayor relación entre la sociedad y la escuela con la puesta en marcha de los **Consejos Escolares**.

Bibliografía

DOMINGO, M. (1932): *La escuela en la República*. Madrid: Aguilar.

LLOPIS, R. (1927): *La Pedagogía del doctor Decroly*, Madrid, La Lectura.

LLOPIS, R. (1933): *La revolución en la escuela* Madrid: Aguilar.

LLOPIS, R. (1934): *Hacia una escuela más humana*. Madrid: España.

LLOPIS, R. (1935): Prólogo de la obra de Hipólito Ducos *¿Qué es la escuela única?* Madrid: Juan Ortiz.

DEL POZO y HONTAÑÓN: "El laicismo en la escuela pública", en de la Cueva y Montero (eds.) (2009): *Laicismo y Catolicismo. El conflicto político-religioso en la Segunda República*. Alcalá de Henares: Universidad de Alcalá.

Referentes legislativos

Crisol, 16 de abril de 1931. Constitución Española de 1931.

LLOPIS, R.: *Diario de Sesiones de las Cortes Constituyentes*, 20 de octubre de 1931.

LLOPIS, R.: *Circular de la dirección general de Primera Enseñanza*, 13 de mayo de 1931.

LLOPIS, R.: *Circular de la dirección general de Primera Enseñanza*, 12 de enero de 1932.